

EN SESION ESPECIAL SE INCORPORA A LA  
ACADEMIA EL DR. EDUARDO ARROYO LAMEDA

Discurso de Recepción académica del Dr. Eduardo Arroyo Lameda como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, para ocupar el Sillón N° 25, vacante por muerte del Dr. Julio Blanco Uztáriz, acto efectuado en sesión especial del 28 de mayo de 1953 a la cual concurrieron los Académicos Dres. Alonso Calatrava, F. Vetancourt Aristeguieta, Monseñor Nicolás E. Navarro, J. M. Hernández Ron, Simón Planas Suárez, J. J. Mendoza, Cristóbal Mendoza y señor Rafael Martínez Mendoza, así como también los académicos electos no incorporados aún, Dres. Rafael Caldera y Carlos Morales, y amigos del recipiendario y de la Academia.

He aquí el discurso del Dr. Arroyo Lameda:

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Políticas y  
Sociales,  
Señores Académicos,  
Señores:

Pertenezco a la legión de los simpatizantes con las Academias pues no sé, ni he sabido nunca, de otra forma de asociación cultural que las aventaje. Las designaciones de esta clase de institutos son innumerables, pero en el fondo siempre la insustituible noción básica. ¿Y cómo prescindir de las Academias? Además, si se agrupan los deportistas, los hombres de mundo, los profesionales, y cuantos anhelan incrementar sus placeres o sus ingresos, ¿por qué no los adic-

tos a las actividades intelectuales de ésta o aquella índole? La rechifla de las Academias, como tales, es la encarnación misma de la trivialidad.

Cuando el honorable Presidente de este Cuerpo me participó la elección de mi persona para ocupar uno de sus codiciados sillones, me sentí hondamente gratificado. Es justo y conveniente para la sociedad que los particulares valoremos en todo su mérito los honores legítimos, tanto como es deseable que abominemos los seudogalardones y las baratijas de la mera vanidad.

No digo que merezca el premio, pero mitigo mis escrúpulos al pensar que si la institución se dignó elegirme es por estimar que de algo serviré en su seno, donde al lado de las empresas para los grandes existen los quehaceres para los pequeños.

Agradecidísimo estoy a los amigos que presentaron mi candidatura, y al conjunto de los que tuvieron a bien aceptarme. En lo íntimo no dejo de experimentar el vago temor de que, al correr de los días, después de conocer mejor al nuevo colega, mis valedores se arrepientan de no haber escogido a otro más digno de la solicitada presea.

Mi antecesor en el sillón que entro a ocupar fué el Doctor Julio Blanco Ustáriz, jurista cultísimo, entrañablemente afecto a su profesión de abogado. Su corrección y el acervo de sus conocimientos contribuyeron en mucho a la fama del Escritorio, fundado por el individuo de número de esta Academia, Doctor Juan Bautista Bance, veterano también de la abogacía, conocido en toda Venezuela por su integridad y su saber.

El discurso de recepción de Blanco Ustáriz en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales no versó sobre ningún tema de índole profesional. El orador buscó una esfera más alta y disertó sobre "Los Contenidos Espirituales

de la Vida". Escapó de los afanes y el papeleo tribunales para consagrar su atención a un aspecto de la filosofía social. Habló efusivamente de la necesidad de la justicia, del amor a la Patria, de la moral, la religión; la familia y "tantos otros conceptos que alimentan el alma", según su propio decir. Salieron seguramente chasqueados aquellos de sus oyentes que esperaban de él un estudio sobre Procedimiento Civil o una discusión de la Ley de Minas e Hidrocarburos.

Más ambicioso y erudito fué su estudio sobre la Sociedad de las Naciones. Abordó el importante asunto con verdadero cariño y copiosa documentación. Por tener fe en la Sociedad de Ginebra, se enamoró de sus elevados propósitos de paz y de confraternidad universales, y nos dejó en unas cuantas páginas su opinión entusiasta sobre el magno experimento internacional de 1919. En esa obra demostró Blanco sólida capacidad y admirable confianza en la bondad y en la sinceridad de los hombres y de los pueblos. Su trabajo se hizo acreedor a tal estimación por parte de la imponente Areópago, que fue reeditada por acuerdo del mismo. Honor y prez muy bien ganados por el jurista ilustrado y sereno, absorto en la contemplación del sueño más hermoso de nuestro siglo.

Coincidencia interesante para este Cuerpo y en general para la cultura venezolana, es que mientras Blanco Ustáriz elaboraba su afamado estudio, el Dr. Simón Planas Suárez se daba a la misma insigne tarea, aunque desde un punto de vista generalmente contrapuesto. Mas la oposición de las estimativas no importa; lo que sí interesa es que el pensamiento nacional demuestre su preocupación por las ideas y las iniciativas egregias de la época. Los dos presentantes conciudadanos expusieron ante el mundo sendas corrientes de la opinión venezolana, siendo coronada la labor de Blanco Ustáriz por el aplauso efusivo de la propia Ginebra, y granjeándose Planas Suárez la viva satisfacción de observar que, después de salir su obra a la luz pública,

varias naciones de la América Latina, Venezuela entre ellas, se retiraron de la Sociedad de las Naciones.

Tuve a honra ser amigo de Blanco Ustáriz. La distinción de su persona física no fué sino trasunto de su refinado espíritu, nutrido en los jugos mejores de la tradición patria.

Bien sé que su recuerdo perdura en este recinto, inseparable del aprecio que siempre se ganaba, y vinculado al pesar de su muerte en edad en que las personas de su molde y tipo disponen ya de envidiable caudal de saber y de sabiduría.

X X X

Es frecuente oír o leer opiniones de compatriotas reflexivos que, de un modo expreso o tácito, presumen la inmovilidad del espíritu de Venezuela. Sostienen, por ejemplo, que la nación es proclive a la ilegalidad, y para comprobarlo se valen de ejemplos tomados de la Primera República, de cuando la Presidencia de Vargas, de la época de Guzmán Blanco, del período de Rojas, y por último, de los años más recientes. El recurso no parece del todo científico. Los opinantes olvidan que las sociedades humanas, a diferencia de las animales, viven en continua transformación, en perenne cambio. Un venezolano de hoy difiere más de un venezolano de principios de la pasada centuria, verbigracia, que de un alemán o de un griego de nuestros días. Sus conceptos acerca del mundo físico, la autoridad, la patria; la familia, la religión y otras categorías, están más cerca de las de un europeo, o de los de un asiático del presente, que de los propiciados por sus paisanos de hace ciento cincuenta años. La sola idea del tiempo ha cambiado tanto que, de suponer una conversación entre un ciudadano de 1810 y alguno de los que ahora respiramos, lo probable es que no se comprenderían claramente. Cuando el de ahora le dijese al de antaño, a las puertas de la Ca-

tedral de Caracas, verbigracia, que dos horas y medias después estaría en Maracaibo, el antañón se persignaría por creer que trataba con un orate. No es menor la alteración en miles de otros conceptos fundamentales.

Sólo como ficción jurídica sería dable admitir que somos los mismos venezolanos de tiempos muy anteriores, ya que ni siquiera el territorio se conserva idéntico. Los ríos modifican su curso; el mar avanza o se retira en las costas; las condiciones meteorológicas varían; selvas enteras desaparecen para dar asiento a nuevas poblaciones. De resucitar ahora cualquiera de los caraqueños de 1830, por ejemplo, preguntaría en qué ciudad estaba, se sentiría extranjero y no muy seguro de si se hablaba en su derredor el español u otro idioma diferente.

La gente se resiste a la noción del incesante cambiar de la sociedad de que es parte, e incurre por tanto en el error de aplicar a su tiempo reflexiones y teorías adecuadas a un determinado pretérito. Aun los axiomas de hace miles de años tienen que ser reinterpretados a la luz del presente. De otro modo la actitud sería ilógica y dañina por antihistórica.

Son contados los pensamientos, los modos de ver de nuestros grandes próceres que valgan para siempre. La mayor parte de sus ideas, como es natural, concernían exclusivamente a situaciones de la hora que vivían, y pretender que sirvan para los tiempos que corren es como aspirar a que un hombre maduro, ya entrado en carnes, siga vistiendo los trajes de su adolescencia.

Toda actitud que se base en ideas o hechos de más de dos o tres décadas atrás es seguramente digna de la más cuidadosa revisión, y hasta de merecida desconfianza, y ello precisamente porque supone una estabilidad, una inmutabilidad que no se encuentra en ninguna colectividad humana.

En general los que para juzgar su época se inspiran en concepciones o sucesos de antaño, pasan a menudo por alto la apremiante significación del devenir de los pueblos, a los cuales miran como anclados para siempre en un mar sin olas. Ellos prefieren hablar de una Venezuela que permanentemente es así o de otra guisa, y se asombrarían de que alguien les preguntara de pronto a qué Venezuela se refieren. ¿A la Venezuela colonial? ¿A la de 1830? ¿A la de la autocracia guzmancista? ¿A la del gomecismo? Les basta con decir VENEZUELA

Tal manera de ver no es insólita. Es sabido que los antiguos no concebían usualmente la mudanza social, y todavía hoy los habitantes de burgos y pequeñas poblaciones son apegados a la noción de inmovilidad, rechazando instintivamente la idea de que las cosas puedan ser diferentes de lo que son.

“Genio y figura hasta la sepultura” dice un absurdo refrán castellano, y los inmovilistas aplican a los pueblos una fórmula idéntica, desafiando la palmaria evidencia en contrario.

Nuestros inmovilistas se dividen en dos vastos grupos: los que conciben una inmovilidad sombría de la nación, tan inalterable como la sucesión del día y de la noche; y frente a ellos, los de la inmovilidad color de rosa, aurora indeclinable suspendida en los cielos de la Patria desde el arribo de Colón al Golfo Triste. Ambos estados son fijos, según los respectivos adeptos. No hay medio de escapar al primero, y con el segundo lo más acertado es no interferir para que se conserve sin detrimento alguno.

En prueba de que lo expuesto no es exagerado, vamos a citar algunas manifestaciones de una y otra tendencias.

“Yo oigo a menudo con una tristeza infinita, escribe en 1886 Luis López Méndez, ciertas opiniones vertidas por

labios autorizados, propias para sembrar el desaliento en los corazones y acabar de destruir la escasa tendencia que aún queda en ellos hacia un ideal de perfeccionamiento político. Los que pretenden haber ahondado en el estudio del carácter nacional y en la historia de nuestra vida republicana, van a parar a estas desconsoladoras conclusiones: El país no tiene las condiciones para formar una nación con vida independiente y esperanzas de estabilidad".

El sistema de los masoquistas citados por López es dar por un hecho la inmovilidad de nuestro pueblo; su incapacidad de adelanto, y la inutilidad de cuanto se haga por levantarlo.

Más de cuatro lustros después oímos de labios de Manuel Díaz Rodríguez una denuncia semejante a la de López Méndez: En discurso de 1909, con motivo de la instalación pública y solemne de la "Sociedad Patriótica", expone: "Hay quienes creen, señor Presidente, que este nuevo régimen que representáis ha venido demasiado tarde, hay quienes creen que este súbito y múltiple alborotar de Sociedades Patrióticas ha empezado también demasiado tarde, y tal creen porque toda esperanza de salud política y moral de nuestro país ha muerto en sus corazones".

En discursos, en artículos sueltos, en novelas, en obras históricas y hasta en sermones, hallaríamos sin mayor trabajo copiosas manifestaciones de desesperación, nacidas de la creencia en la perpetuidad de las fisonomías nacionales. Sería, sin embargo, abusivo que yo me dedicara a insertar aquí una serie interminable de entrecomillados. Basten las dos autorizadas muestras anteriores.

Expreso lo mismo respecto a los inmovilistas del tipo sueño, para quienes por lo contrario disfrutamos de un Paraíso indefectible, y del cual, más afortunados que Adán y Eva, no habrán de expulsarnos jamás. Son incontables los poetas, los oradores, los periodistas, los novelistas, los his-

toriadores y aun los sociólogos que propugnan la concepción paradisíaca de nuestro país. En realidad una antología de nuestra leyenda dorada resultaría tan copiosa como la de nuestra leyenda negra.

Las naciones hispanoamericanas oscilan, como el resto de los pueblos, entre el narcisismo y la propia desestimación, si bien el fenómeno presenta en estos países forma tal vez más irregular, líneas más esquinadas. Es lo habitual, —y en esto siguen la ley común,— que durante las épocas favorables se entreguen al narcisismo, y que en los períodos de adversidad se demigren y exhiban lastimosamente.

Como en varios otros aspectos, es de España de donde principalmente derivaría esta modalidad nuestra. Las dos tendencias han alternado allá con relieves tan pronunciados que llegan a parecer manifestaciones de histerismo colectivo. O la egolatría nacionalista de Bernardo López de Ayala, por ejemplo, o el negativismo de los escritores del 98. En ambos casos la pluma se ha limitado a interpretar los correlativos sentimientos de las multitudes, en una hora determinada.

“¿Quién no ha sido pesimista y negador en España?”. pregunta Salaverría en una de las horas de mayor desencanto de los españoles con su tierra. “...El mismo que traza estos renglones, continúa el publicista, se ha encarnizado muchas veces en los defectos nacionales. Pero las cosas llevan en sí un impulso actual; pasado cierto momento la oportunidad pierde eficacia, y entonces llega el reinado de las cristalizaciones, del movimiento mecánico, del sonsonete”.

La verdad es que el sonsonete pesimista no dura indefinidamente; de pronto es substituido por el estribillo de la ufania en las cualidades y éxitos colectivos. Y no tarda en ocurrir nuevamente el proceso a la inversa.

Así el narcisismo como el negativismo son habitual-

mente de naturaleza global, o sea que se extienden a todos los aspectos físicos y morales. Hay casos sin embargo en que ambas actitudes se localizan o concentran en ciertos hechos o rasgos: en la belleza del paisaje o en su fealdad; en la gloria de un hombre o en la mediocridad o miseria del mismo.

Hace unos ochenta años corrió sobre Venezuela gigante ola de narcisismo fundado en la riqueza, llegando a decirse que era pan cuanto las manos tocaban; que las bestias pisaban oro. Y hablaba así por cierto un ciudadano paupérrimo, intérprete en aquella ocasión del parecer de todos los venezolanos. Su desvarío es excusable cuando se considera que un millón de kilómetros cuadrados, sólo encerraba una población de menos de un millón de almas.

Contrariamente, a principios del presente siglo, después de varios castigos de orden internacional y de malandanzas de toda especie, no solo no nos holgábamos en la hacienda venezolana, sino que ponderábamos nuestro desvairamiento económico, considerándonos el Job de los pueblos.

Hoy hemos vuelto a la opinión complaciente. El petróleo hace que ahora nos embriaguemos con los tufos de nuestra opulencia, aunque si bien se mira es un potosí que existe y no existe, que un día nos deslumbra y al otro nos deja en tinieblas. Una riqueza parecida a los duendes de los cuentos de hadas, que hacen pasar toda clase de malos ratos a la ingenua princesa y a su trasnochado galán.

De los dos extremos — el narcisista y el negativista — ¿cuál es el preferible? Claro que los pueblos deben huir tanto del uno como del otro. Olvida el narcisismo los males existentes, e impide por ende, la aplicación de remedios. Vanidad él mismo, es un criadero de vanidades, y a los extranjeros causa risa y desprecio. ¿Cuánto no ha reído el mundo de las erupciones narcisistas de Alemania, de Inglaterra, de Francia, de Usa — ¿Además, el narcisismo trae de la ma-

no el providencialismo, pues una nación que se atribuye todas las virtudes no puede menos que ser favorita de los dioses y disfrutar de su protección ilimitada.

Igualmente nocivo es el negativismo. Borra las esperanzas de mejoría y sume, de consiguiente, en la mayor inercia a las comunidades que lo sufren. Unas veces conduce al quietismo desolador, y otras a la depravación y el vicio generalizados. El pueblo no logra soportarse a sí mismo, y ensaya como vías de escape lo más tortuosos atajos.

Además, tanto el narcisismo como su contrario arrastran a las guerras internacionales. Las naciones narcisistas o que atraviesan períodos de narcisismo, se convencen fácilmente de tener asegurada la victoria, y corren a las armas confiados en que Dios está de su parte. Las comunidades poseídas del opuesto sentimiento, se llenan de envidia, de rencor y por último, de desesperación. Es entonces cuando comienza el peligro de las agresiones al vecino. La guerra viene a ser para ellas entre otras cosas, aguardiente que las alivia de la depresión y el marasmo.

Por desgracia cuando en una sociedad prevalece el narcisismo, los ciudadanos con suficiente valentía para pedir menos complacencia, son vistos como desleales; y cuando el negativismo campea, los que señalan ventajas y glorias de la nación, aparecen como ilusos o demagogos.

La actitud razonable, la posición inquebrantablemente sana de los pueblos es la de la autocrítica, y el esfuerzo más benéfico de sus guías es el de implantar en ellos el hábito del inventario cuidadoso y sereno: el activo y el pasivo respetuosamente anotados; los platos, los pocillos y las pimientos de grosero barro tan a la vista como los dijes de oro y los jarrones de plata.

Las sociedades humanas son capaces de realizar el autoanálisis, mientras factores artificiales no contrarresten

el natural equilibrio. Siempre es dable el observar en los anales de cada pueblo, aunque sea una mínima zona de autocrítica, así como en los mapas del Sahara, se descubren de vez en cuando ciertas alegres manchas verdes.

Pero también es cierto que en la vida contemporánea disminuyen cada día más esas fértiles zonas, a causa de intereses ya equivocados, ya ruines. En la actualidad, un pueblo capaz de analizarse desprecocadamente, destacarse como verdadero monstruo de sabiduría colectiva, y alcanzaría tal superioridad sobre las demás comunidades, que la mayor parte de éstas acudirían a su órbita, no pudiendo resistirse al magnetismo intelectual y moral del monstruo.

Más en tanto no suene para las naciones la hora del autoexamen sin cortapisas, de la introspección libérrima, no funcionarán satisfactoriamente las instituciones, y a menudo serán gravemente dañadas por las alternadas posiciones de sobreprecio y deprecio sociales: por el no regulado vaivén del juicio que hace de sí misma la entidad nacional.

Esto lo decimos pensando en el mundo todo, y en particular en aquellas sociedades de menos consolidada experiencia, como lo son todavía las de la América Hispana.

Gracias a la auto-crítica la inteligencia del país admite las ideas de cambio y de reforma, a las que son refractarios por igual el negativista y el narcisista.

X X X

Acosta, ganado a veces por la tesis paradisiaca, reconoce la necesidad de "traer a la civilización de pilón, que es como crece", y asegura que entre tanto, "el genio nacional duerme, las alas plegadas, el aliento ansioso, aguardando sólo aire en que sostenerse, y espacio que devorar."

Aunque jamás hemos comprendido que quiso decir exactamente el sesudo literato con eso de "traer la civilización de pilón", nos regocija comprobar su fe en las múltiples posibilidades de mejorar las condiciones de su Patria. Por su parte el mencionado López Méndez, en estudio consagrado a Santos Michelena asevera que "el mal no goza de la prerrogativa de perpetuidad", y en su medular "Mosaico" no pierde oportunidad de insistir en que adoptemos nuevos hábitos a fin de salir del marasmo y de los desgarramientos de la nación.

Décadas más tarde José Gil Fortould concluye así su primera lección de un curso de Derecho Constitucional dictado en la Escuela de Ciencias Políticas de Caracas. (1916): "Porque el estudio de la Historia y de las constituciones políticas, y hasta las mismas contiendas en que me he visto a veces empeñado, todo me reafirma en la creencia de que el hombre y los pueblos viven y adelantan atraídos por tres grandes ideales: el Derecho, la Libertad y la Justicia; ideales... que pueden pasar por paréntesis o eclipses, pero que renacen todas las mañanas, como la conciencia y como el sol."

Díaz Rodríguez, Gil Borges, Planas Suárez y multitud de otras cabezas venezolanas que han abordado la problemática fundamental del país, observan la misma actitud del todo contraria a la complacencia y a la desesperación; en una palabra, al inmovilismo.

Los medios de mejora, de enriquecimiento moral e intelectual de una sociedad son, como ya lo recordamos, la experiencia y la acumulación de productos sociales, tales como doctrinas, instituciones, inventos, descubrimientos. Añadamos a esto lo que las diferentes comunidades reciben por vía indirecta, es decir, por acción de la experiencia y la acumulación lograda en otras colectividades. Así vemos constantemente que los adelantos del arte, la técnica y la ciencia de los países más avanzados se adoptan a corto o largo

plazo en los retrasados, logrando a veces transformar sus condiciones normales.

La observación del acrecentamiento por acumulación inclinó a varios sociólogos a comparar la sociedad con un organismo cuyo destino es un inevitable desarrollo, a no ser que intervengan extraordinarios factores adversos.

Más el crecimiento social no es continuo como el de los organismos vivos, sino esencialmente discontinuo, sujeto a frecuentes interrupciones y retrocesos. Como las aguas de algunos ríos, se desvía, vuelve atrás, se arremansa, entra a veces a correr por vías subterráneas, hasta el punto de que se le dé por desaparecido, y reaparece al fin con más grueso caudal y mayor empuje de sus aguas

No creyeron en la continuidad del progreso social ni aun los más entusiastas entre los adeptos del avance colectivo, tales como Condorcet, Comte o Pelletan. Este último advierte expresamente: "cuando hablamos del progreso continuo no nos referimos al progreso de un día a otro, de un siglo a otro, sino al de una civilización a otra. El progreso, se cuenta por civilizaciones al modo que nosotros contamos por años. Es el tiempo en toda su dimensión. Querer reducirle a nuestro cuadrante es empequeñecerle a la medida de nuestra estatura."

La lenta contabilidad por civilizaciones, muy natural entre los decimonónicos, no es de rigor entre nosotros los hombres de la era atómica. En la actualidad todos reconocemos que los procesos de la evolución social se cumplen dentro de plazos incomparablemente menores que los de la época de nuestros abuelos. De contar por civilizaciones, como lo insinúa el pensador francés, tengamos presente que las civilizaciones de ahora no duran más de veinte o veinte y cinco años.

Durante varios lustros se ha venido ponderando no sólo en Venezuela, sino también en otros países hispanoamericanos, la influencia cultural de las generaciones, es decir, de la constante novación de las hornadas humanas. Ello explicase, en parte, por la resonancia que tuvo entre nosotros el mote de "generación del 98", con que se distinguió a la brigada intelectual surgida en España, a manera de tardío examen de conciencia, a raíz de la guerra con USA. Por comodidad, antes que con intención sociológica, se dió al animoso grupo el nombre del año en que inició la lucha por la limpieza de los establos. Años más tarde, Ortega y Gasset en su obra *EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO*, remachó la significación de la teoría generacionista en el proceso histórico. No aseguramos que los dos antecedentes mencionados sean los únicos, pero sí dos de los más importantes en el auge del concepto en estos países.

El generacionismo, -si es permitido tomar de la Teología una palabra que usa con acepción diferente-, había sido ya expuesto por los grandes historiadores alemanes Ranke y Lorentz, en la segunda mitad del siglo XIX, y al revivirlo, el ilustre filósofo madrileño le confirmó nuevos alcances.

Entendemos, sin embargo, que la teoría generacionista pertenece a un ciclo ya cerrado de explicaciones biológicas del fenómeno social. La Sociología de hoy se ha independizado de la Biología, a causa de la incompatibilidad entre los ámbitos respectivos, desechando los sociólogos contemporáneos la suposición de íntimas relaciones entre la mente social y la cédula orgánica.

Las sucesivas generaciones no aportan nada, como tales, al torrente de la cultura. Sería indirecta la influencia que pudieran ejercer, y principalmente debida a las modificaciones cuantitativas que a menudo producen. No son, pues, necesariamente creadoras, y tal vez pequemos de audaces al sostener que no hay pruebas de que, como la pretende

Ortega, "cada generación representa una altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada".

Si en realidad cada generación apareciese con su propia "altitud vital", los movimientos de la historia se efectuarían como desencadenados por catapultas, y nada contendría lo impetuoso de las mudanzas sociales, así en el arte y en las letras, como en las ciencias, la industria y la política.

Una generación de publicistas, como la de Hostos, Justo Sierra, Miguel A. Caro, González Prada o Muñoz Tébar; o de políticos tales como Juárez, Juan Crisóstomo Falcón, el Mariscal Castilla o Domingo Faustino Sarmiento, transmite los impulsos de su tiempo, en determinada comunidad y en la esfera de acción que le corresponde, al modo que las poleas de una planta eléctrica la moción del dinamo. Interviene, desde luego, la cooperación de los factores personales, pero en ningún caso nada que atañe a la generación como fenómeno biológico.

Harto superiores son otras explicaciones del devenir social. Las guerras, las migraciones, los ciclos culturales, la circulación de las élites, los sistemas de producción, y algunas más, se apoyan en fundamentos más firmes y cuentan con más adeptos entre los filósofos de la Historia y los estudiosos de la Sociología.

Menudean los sitios y periodos en los que jamás ocurren cambios dignos de tomarse en cuenta. La edad mediana ofrece millares de estos nodos mortecinos. En todos los países, aún dentro de la edad contemporánea, figuran aldeas, y hasta regiones enteras, en que los años pasan y se amontonan en un estancamiento impresionante. Con todo, el sucederse de las generaciones es allí más rápido, proporcionalmente, que en centros urbanos donde la transformación es incesante. En los lugares y tiempos inertes el aparecer y desaparecer de las generaciones es el sólo aconteci-

miento que rompe la quietud insufrible. ¿Por qué no determinan alteración alguna esas procesiones inacabables de hombres que ayer no existían, y que luego toman el puesto de sus padres y abuelos?

Si cada filiación ocupase un distinto nivel de vitalidad, desde los albores de la especie los gobernantes habrían descubierto el secreto del adelanto colectivo, o sea, que los matrimonios se realizaran a la más temprana edad posible, a fin de que, en un término de cien años, digamos, la renovación de las familias, el paso de ascendientes a descendientes, alcanzara su máxima frecuencia. Y con los pueblos sometidos, esclavizados, el método habría sido a la inversa: demorar hasta las edades límites los casamientos, para que las generaciones se sucedieran con extrema lentitud. Se perpetuaría el atraso en ciertos medios; en otros se evitaría el progreso.

Si se alega que la influencia de las generaciones se origina del choque de unas con otras, de las que preceden con las que siguen, se contestaría que los choques son más bien excepcionales. Es por demás conocida la fuerza incontrastable de la tradición en los anales del hombre. Los rebeldes a su imperio son comparativamente minorías insignificantes, que pagan su extravagancia con las más duras consecuencias. Las castas y clases, congelaciones de la tradición, que aún subsisten, bastarían para comprobar que los descendientes de por sí no rompen el hilo, o mejor, la soga, que los ata a la interminable fila de sus ascendientes. Antes bien, se complacen en mantenerla en toda integridad.

En cambio hay una clase de generaciones, —ya no de orden biológico—, que sí marca su huella en el acontecer de las sociedades. Trátase de las generaciones de conceptos, de pensamientos, de fórmulas. El pensamiento, allí donde las condiciones le son favorables, no transige con la inercia porque es movimiento puro. Además, las ideas son más fecundas, mucho más fecundas que los seres humanos o las

familias animales, lo cual es justo celebrar como bendición invaluable. Las generaciones biológicas, a guisa de nubes, flotarían en el espacio histórico sin acción valedera. El pensamiento, apenas surge, las hace fecundar el devenir.

Las ideas, es cierto, nacen y fructifican en cerebros humanos, pero sin relación con la transición natural y continua de padres a hijos. El engrosar de las filas de una sociedad, por gracia de la procreación, no modifica ni ligeramente siquiera la marcha del pensamiento; lo cambia tanto como lo cambiaría una bandada de mariposas recién salidas del capullo.

Si las anteriores reflexiones ofrecen alguna solidez, no es justificable ordenar la cultura, (o la historia), según las generaciones biológicas. Lo impremitible sería ordenarlas de acuerdo con las generaciones ideológicas.

X X X

Por qué había de ser Venezuela la sola salvedad en la evolución de los pueblos? Todos siguen un proceso de acumulación de experiencia y de simplificación de procedimientos, llamado indistintamente civilización o progreso. Absurdo fuera que la comunidad venezolana resultara la única refractaria a la ley inexorable. Biológicamente no somos diferentes del resto de la humanidad; cumplimos las mismas funciones animales que los demás hombres; padecemos enfermedades análogas; morimos dentro de los lapsos usuales.

Dos generaciones atrás, el occidente extremó la creencia en el progreso, q sea en la perfectibilidad indefinida de la sociedad y del género humano. Se escribieron entonces obras en tono de himnos a ese adelanto irrefrenable. La conocidísima "El Mundo Marcha:", de Camilo Pelletan, fué tan estusiasta que, a mi modo de ver, logró de contribuir a avivar la fe en el progreso, despertó una reacción contraria.

En la actualidad la idea no arrastra como antes. Sociólogos tan eminentes como Wilfredo Pareto se rien de ella; un Ósvaldo Spengler la trueca por el concepto de decadencia, y otros prefieren no aventurar ninguna hipótesis sobre los destinos de la historia.

Ello no obstante subsiste una corriente intelectual moderada que admite el principio del mejoramiento gradual de las comunidades, de los pueblos, de las naciones. Los que propiciamos tal punto de vista creemos que las caídas y los retrocesos en la marcha de una sociedad son episódicos y no obstan a que al fin se consolide una mejoría positiva. Por lo contrario, los reveses en múltiples casos ayudan a la mayor firmeza de los avances.

Nosotros no apoyamos nuestra hipótesis en la teoría muy en boga hasta hace poco, de que las sociedades son organismos que se desarrollan a modo de las plantas y de los animales, por virtud de un principio interno y según normas de adaptación a condiciones creadas por la naturaleza. Aparentemente la asimilación entre las sociedades y los organismos vivos es muy sencilla, pero al profundizarla ofrece dificultades, problemas y a ratos consecuencias de complicación insoluble.

Una comunidad va juntando quiera que no los resultados de su experiencia, los instrumentos y avíos de índole material, intelectual y moral que el hombre crea sin descanso.

X X X

Aun los más recalcitrantes inmovilistas habrán de reconocer que en Venezuela se han realizado múltiples adelantos durante los ciento cuarenta y un años de vida independiente que contamos. No me refiero a los mejoramientos de índole exclusivamente material, que son los más fáciles y en verdad los menos importantes, si se les considera

con prescindencia de sus resonancias en la conducta y en la mente de los ciudadanos. Los mencionaré, con todo, siempre que hayan contribuido al progreso efectivo, o sea, al de las instituciones, la moral pública o el intelecto de los venezolanos.

No se pretende, de ninguna manera, llevar a cabo un inventario de las mejoras obtenidas en nuestra vida nacional, lo cual sería demasiado prolijo y extenuante, fuera de lo difícil que es advertir ciertas formas de progreso que no saltan a la vista, que son de carácter subrepticio, ocultándose en ocasiones, y no por mucho tiempo, bajo apariencias aflictivas y retrógradas. Son como riquezas ocultas, de lenta acumulación y que de pronto sorprenden a sus mismos poseedores. Se hará sólo una breve relación de substanciales progresos, o sean no debidos al esfuerzo nativo.

El primer apunte en nuestra lista es la extinción de las revueltas civiles. Los Frecuentes, hondos y cruentos disturbios de la existencia nacional no lograron resistir las condiciones que fue creando el Siglo XX, y en particular, el telégrafo, los vehículos a motor,— determinantes a su vez de las redes de modernas carreteras,— los armamentos contemporáneos, y últimamente los vehículos del aire, los aviones de todos los tipos. Con tales recursos a la disposición de los gobiernos, las revueltas civiles se tornaron tan imposibles como los jejenes y los mosquitos con las fumigaciones del DDT.

No es mérito de Venezuela el haber amanecido de improviso liberada de las contiendas civiles, porque el anotado fenómeno de desaparición del azote se observa en todas partes del mundo, al mismo tiempo, y resultó, como se ha expresado, de causas ajenas a la intervención del país. Ello corrobora una vez más el hecho de que muchos adelantos sociales sobrevienen en un momento dado, y sin previa solicitud. Si la solicitud ha existido, si la porfía por obtener el

mejoramiento ha sido voluntaria, la conquista será todavía más efectiva y seguramente más pronta.

Al referirnos a las antedichas razones de cesación de las guerras intranacionales, acotábamos en la obra "Motivos Hispanoamericanos":

"Con todo, sentimos que hay en juego algo más que estas razones, con ser ellas poderosas. La construcción de la red (de vías modernas), la organización científica del ejército, la prosperidad económica, requieren, como estado previo, la tranquilidad del país, por más que la fortifiquen después; si el espíritu de revueltas no se hubiese sosegado, es obvio que las vías de comunicación no habrían podido construirse, ni hubiera habido suficiente reposo para que el soldado se formase en los moldes de la estrategia y la táctica modernas; ni el comerciante ni el industrial hubieran hallado la manera de moverse con provecho. Sobre todo, habría faltado oro bastante para estos adelantos. Hay que buscar una explicación más centrada en el alma del pueblo, y es justo darle sus glorias a éste, antes que regateárselas. El pueblo estropeado, humillado, empobrecido, torturado en las frecuentes guerras civiles, desarrolla una especie de instinto de resistencia a los jefes y promotores de disturbios armados. Deliberadamente llamo instintiva esa resistencia. No llega a ser resultado de un pensamiento, a lo menos en su primera fase; sobreviene como reafirmación del otro instinto: del de la conservación y defensa gregarias. Los ratones y otros animales — y perdónese la falta de reverencia — aprenden también a resistir intintivamente al señuelo de las trampas. Fenómeno subconsciente, viene a razonarse mucho después de haber aparecido. No se inicia como idea, sino como imposición inexpresa que poco a poco se vuelve idea y adquiere impresionante fuerza difusiva, aun cuando el libro y la prensa no estén a su alcance. En realidad el único progreso nacido de nuestras absurdas luchas fratricidas ha sido ese instinto originado y fortalecido por ellas mismas."

Si se pregunta por qué no ha surgido ese instinto en la esfera de las guerras entre naciones, se aduciría que éstas nunca han menudeado dentro de un área reducida, con la frecuencia que en el territorio de Venezuela. Además, ¿no serán un alborear de tal instinto las defecciones en masa de las más recientes contiendas y los gigantescos afanes por crear la S. de las N. y las Naciones Unidas?

Es muy cierto que el pueblo venezolano no derivó ni el más pequeño beneficio de las guerras civiles. Todo lo contrario. La más larga y feroz de todas, la Guerra Federal, no hizo sino retardar aun más nuestro avance hacia la civilización y espesar la nube de caudillos y caudillejos que desolaba la Patria. Se llamó guerra federal, y de sus escaramuzas surgió más férrea que nunca la centralización administrativa y política, de modo que a los muchos males del conflicto se sumaron la decepción y la mentira.

Ha habido defensores de las guerras civiles. Para el político español Romero Alpuente constituían "un dón del cielo." Napoleón sostuvo que sólo las guerras civiles hacen a los hombres valerosos. El eminente republicano madrileño Don Alvaro de Albornoz las favorece con el nombre de "guerras de ciudadanía" y opina que son el crisol de las naciones, apuntando que las naciones más descollantes de Europa se forjaron en guerras intestinas. "De las guerras civiles, no tan brutales como vil es la servidumbre de nuestros días, asienta el mismo Profesor, salió la España moderna, y en ellas se formaron los grandes españoles del Siglo XIX." La vil servidumbre de nuestros días, a que alude el publicista, bien podría ser un resultado de las guerras civiles de años anteriores.

Los elogios trascritos no son sino subgéneros de los tributados a la guerra, en general, desde tiempos remotos. Por lo que a Venezuela concierne, nuestros pensadores han condenado casi unánimemente las guerras internecinas, sobre to-

do porque las nuestras no se han inspirado nunca en principios sino en personas y mezquinos intereses. La que se tiene por más principista fué desacreditada por uno de sus corifeos al declarar que el ideal proclamado por ellos pudo ser completamente opuesto, ya que lo deseado era levantar una bandera contraria a la de los enemigos.

Acosta execró las guerras civiles. Para él, en semejantes contiendas "todo se pierde o se trastorna. Pierde la virtud su estímulo, las costumbres su lustre, el talento su prez, las tradiciones su gloria, la gloria sus títulos, la enseñanza su objeto, la luz su esplendor; baja lo alto, sube lo bajo, se confunde la obra del tiempo, se desbarata la escala del mérito se hace una sola masa de los panes de la justicia."

La confusión de la obra del tiempo y la reducción a una sola masa de los panes de la justicia son en verdad las dos más tristes consecuencias, entre las muy graves señaladas por el escritor patrio.

Algunos historiadores nacionales han pretendido ver en la Guerra de la Federación una lucha de clases, elevándola a categoría superior en los anales de nuestros conflictos internos. La tesis, pese a la idoneidad de sus patrocinantes, no ha corrido con buen suceso. El conocido sociólogo Dr. Pedro M. Arcaya nos demostró que en los bandos contendores figuraban indistintamente representantes de las clases ricas y de los proletarios y campesinos, atribuyendo la porfía a muy arraigados odios políticos y a vinculaciones personalistas. Yo añadiría - y excútese la intromisión - que la sangrienta lidia consistió en una nueva manifestación de un hábito inveterado de disensiones intestinas. Las naciones como los individuos son esclavas de sus hábitos, y mientras causas poderosas no contraríen la reincidencia, el hábito se impone con fuerza creciente. Quien se ha embriagado numerosas veces tiende a reiterar sus violencias. Los pueblos siguen la misma norma, y es la pólvora en, ocasiones el vino que los subyuga.

Una vez terminada la guerra de Independencia, Venezuela quedó a salvo de conflictos armados con otras naciones. Es el único país de la América del Sur que no ha guerrreado con sus vecinos ni con Estados de otros Continentes. Hé ahí un progreso, ya que nuestra existencia nacional comenzó por una guerra de sucesión. Es posible que una contienda internacional hubiese acelerado, de no ser enteramente vencidos, el proceso de nuestra evolución; es posible que nos hubiese hecho más cuidadosos y ordenados en nuestro vivir doméstico; acaso nos hubiera provisto de diplomacia y de diplomáticos de mayor eminencia. Por el camino de las conjeturas es dable viajar tan lejos como se quiera. Contentémonos, sin embargo, con nuestro pacifismo internacional y no tratemos de disminuir su importancia a fuerza de fantasías.

X X X

Adelanto universal de trascendente resonancia entre nosotros ha sido, sin lugar a dudas, el pasmoso desarrollo de los medios de comunicación, por la vía telegráfica, el avión, la radio, el teléfono, el cine, y ahora la VIDEO. Al empequeñecerse el mundo, hemos crecidos nosotros intelectualmente. Si surgiera aquí un tirano aislamentista del tipo del Dr. Francia, por caso, el solo progreso de las comunicaciones mundiales burlaría sus planes de mantener al pueblo áyuno de informaciones. Por mil rendijas distintas se

colarían las noticias del mundo exterior, a veces bastante más libre que el de sus aspiraciones, y alimentarían un sordo bullir de deseos y esperanzas nada aceptas al energúmeno. La caverna se hace cada vez más difícil de custodiar, y los pueblos cenobitas son apenas imaginables a estas alturas de la historia.

Se han visto recientemente naciones cercadas de muros al parecer inexpugnables. ¿Mas, cuánto ha durado su amurallamiento? La Alemania de la suástica y la Italia

del fajo evidencian el fracaso de las aspiraciones anacrónicas. El adelanto de la comunicación figura entre los instrumentos de mayor peso en la destrucción de las dos amenazas.

No todos nos percatamos suficientemente en Venezuela de los beneficios que granjea la conciencia colectiva gracias al estrecho contacto con el resto del mundo. A despecho de sus inexactitudes, de su parcialidad, y a ratos de su venalidad, las agencias noticiosas cooperan en la formación de dos vivas corrientes de opinión pública: una superficial, inepta, deleznable, y otra más profunda, aunque menos aparente, que determina repercusiones intensas en los nervios más delicados de la nación, en los centros superiores de su vitalidad.

Adviértese al presente en las áreas más pobladas del país un continuo circular de noticias que, a semejanza de ciertas corrientes meteorológicas vienen de fuera, por los cuatro puntos cardinales. Soplan sobre el territorio de la nación vientos ya fríos, ya tibios, ya cálidos; unos, fecundantes; otros esterilizantes; algunos del todo inocuos; pero de tal concurso casi siempre queda al final un saldo favorable para el pueblo venezolano.

No era así antes. La falta de medios de comunicación eficaces y numerosos con el mundo exterior, y dentro del propio territorio, nos mantenía olvidados y olvidosos. No nos alcanzaban sino rara vez los movimientos de la civilización, aunque también es cierto que los de la lejana barbarie también nos dejaban intocados. Los inmovilistas experimentaban la más deliciosa euforia.

X X X

La desaparición de los prejuicios raciales es otro valioso adelanto de la nación venezolana. Existieron, y muy pronunciados, durante la colonia, y de ellos fueron víctimas

ciudadanos tan prominentes como Miranda. Se extinguieron a favor de la independencia de la República, y hoy en día nos gloriamos de que, si algo subsiste de las viejas prevenciones, es en forma tan atenuada que apenas se nota en los aspectos más frívolos de la vida, tales como las actividades de los salones. Si es verdad que la plutocracia ha venido en cambio a revivir desniveles y a crear castas, ello tal vez no revista la virulencia y la obcecación de los distingos raciales.

El fin del prejuicio de razas fué en cierto modo automático. Por constituir los negros y los pardos en un momento dado la vasta mayoría, no fué posible continuar ninguna forma de superioridad de los pocos blancos, una vez rotos los vínculos con España. A menos de despreciar a los caucásicos, no había ya a quien despreciar por motivo de color de la piel. El hábito de no reaccionar ante las diferencias raciales está ya tan arraigado entre nosotros que difícilmente renacerían los ascos y reparos de antaño, ni aún en el caso de que por obra de la inmigración aumentara copiosamente la proporción de sangre europea.

Los venezolanos nos hallamos tan connaturalizados con la admirable convivencia racial, que no nos damos cuenta de su importancia y de su belleza. Nos ocurre lo que a la dama que se perfuma con magnífica esencia: los demás se embriagan en el aura que despide, mientras élla no la respira sino de cuando en cuando.

Al saber que las Naciones Unidas y demás cuerpos internacionales impugnan y condenan los odios de raza, nos parece que vivimos en otro planeta, por ignorar que existe un mal de ese nombre. ¿Cómo? ¿Odiar a otro porque su piel ha sido teñida con pigmentos diferentes del nuestro? ¿Es posible que eso acontezca?

De igual modo, con el transcurso de los años hemos llegado en este país, a una valoración más exacta y justa de la

supuesta clase baja, que sólo tiene de bajo el nivel de su economía. Ya nadie usa desenfadadamente la designación de gente cualquiera, apenas adecuada para los malhechores de arriba o de abajo, y no hay ciudadano, por humilde que sea, a quien no se apellide señor, ni ciudadana alguna desposeída del título de señora o señorita. Hace cuarenta años no se habría aceptado la justiciera costumbre, efecto de una nueva sensibilidad, de una visión más clara de las cosas.

La creación de una gran ciudad es acontecimiento de magnitud extrema en las naciones contemporáneas. Hay países que sufren de acefalia por carecer de una ciudad digna de llamarse grande. No se niega de ningún modo que las agigantadas metrópolis ofrecen taras y vicios execrables, pero ello no obstante constituyen centros nerviosos insubstituíbles.

Para mí, y pienso que para muchos compatriotas, la ascensión de Caracas a la escala de las grandes urbes es de significación indecible en la historia de nuestro país, al cual confiere una nueva categoría. En los últimos quince años, Venezuela ha pasado a ser el país de Caracas, como Francia el de París; Estados Unidos, el de Nueva York; Argentina, el de Buenos Aires.

Si junto con la capital, surgen en la nación otras grandes ciudades, tanto mejor, siempre que se distribuyan armoniosamente dentro del territorio patrio. Por lo pronto el fausto suceso es el advenimiento de la espléndida metrópoli del Avila. Quizás era más grata la población reducida y tranquila donde todos nos conocíamos; donde el tránsito no presentaba dificultades y todo se hallaba verdaderamente al alcance de la mano. Mas no se trata de solaz y comodidades, sino de las conveniencias de la comunidad venezolana, así se sienta uno a veces malhumorado con el ruido y los atropellos de la Caracas del presente.

Al contar con una urbe de elevada jerarquía tenemos

un modelo que mostrar al resto de la nación en asuntos de higiene, de diversiones, de educación, de vida intelectual y artística. No es ya tan necesario viajar a Europa y los Estados Unidos para ver lo que sea digno de imitarse; basta venir a la capital o informarse debidamente de sus actividades. Por desgracia, la provincia tiene igualmente en Caracas un modelo de variadas imperfecciones y deficiencias, mas no en tan crecida proporción que superen a las ventajas y cualidades. Una sociedad, pequeña o grande, que reuniese más defectos que virtudes, se desintegraría inevitablemente. Aún en las Babilonias, la suma de las excelencias es siempre muy superior a la de las fallas y deformidades.

A más de modelo, la gran ciudad es admirable muestrario. Caracas es actualmente el mostrador de la República, y exhibe lo hecho tanto como destaca lo que está por hacer. Al escuchar la conocida advertencia de que "Venezuela no es Caracas", uno piensa que se tiene razón, y al mismo tiempo que no se tiene, pues nuestra capital ostenta dentro de su circunferencia, ya bien dilatada, buen número de ejemplares o escantillones de todo el haber moral, intelectual y material de la Patria.

El muestrario no ha de ser suntuoso, magnífico. Debe imponer, en cambio, por la magnitud de su población y por la multiplicidad de sus manifestaciones y actividades. Lo que importa no es que nos crean un país de lujo y opulencia sino muy respetable por su capacidad de trabajo, por su cultura y por su efectiva moralidad. No se busca ostentar con ánimo de mentir, sino más bien exponer las disponibilidades y las posibilidades de la nación entera.

Más orgullosos nos sentimos del número de edificios escolares de la ciudad, construídos en los dos postreros decenios; de su "Cruz Roja", sus hospitales y clínicas; de la cantidad de sus diarios y revistas; de sus academias e instituciones intelectuales; de sus conciertos y conferencias;

de sus movimientos obreros; de sus cruzadas por nobles ideas; de todo el conjunto, en fin, de sus palpitaciones elevadas, que de sus estadísticas industriales y bancarias, de sus rascacielos o del número de sus automóviles. En lo primero, surgido por presión de la opinión pública, vive lo perdurable; en lo segundo, únicamente lo transitorio.

Pero la más importante función de la gran ciudad es la de foco máximo del pensamiento de un pueblo. Las ideas directivas de la nación se elaboran dentro de su recinto y allí se robustecen, para distribuirse por todo el país con la propia fuerza, más el vigor que les confiere provenir de una criba de densa población, concentrada en pequeño ámbito.

Si las ideas de la revolución francesa se hubieran iriguado en Dijon o Amiens, en vez de París, no habrían adquirido el dinamismo que las regó como pólvora por toda Francia, y luego por el resto del mundo. Así como una opinión de Juan Lanús, por atinada que sea, no obtiene la valía de la misma opinión salida de labios de Bolívar o de Joaquín Costa, así también los conceptos se revisten de mayor o menor autoridad según la ciudad que los prohija.

No escasean los ignorantes que sienten ojeriza por ésta o aquella desarrollada urbe, y es que les incomoda, les humilla la efervescencia de la mente colectiva y el plano en que bulle, muy por encima, naturalmente, del nivel usual de las poblaciones chicas. Algunos hombres públicos de reconocida incultura han estado poseídos por el desamor hacia las ciudades pujantes, acrecentando por tal motivo sus errores y tropelías.

Es en no mínima parte por influencia del acrecimiento de Caracas, a partir de 1936, el hecho de que la conciencia venezolana ofrezca una solidez y una articulación más positivas, no obstante sus todavía notorias deficiencias.

De consiguiente, la responsabilidad de nuestra capital en los destinos del país ha aumentado en ingentes proporciones. La mole de su población nerviosa y alerta sirve de magnífico respaldo al sentimiento y a la inteligencia de la colectividad nacional.

La autoridad que adquiere en un país cualquiera la opinión emanada de sus grandes ciudades, depende también del fenómeno psicológico de la identificación. Tal como las multitudes se identifican a tiempo con sus dirigentes unipersonales, así las diversas comunidades de un pueblo tienden a identificarse con ese dirigente de infinidad de cabezas que es una gran ciudad.

La onerosa carga moral que sobre sus hombros lleva Caracas se aliviará con la aparición de otros magnos centros urbanos que compartan su responsabilidad. Observa Salvador de Madariaga que la vida pública española sería favorablemente influida, en lo administrativo y en todos los órdenes, por una mejor organización regional. En lo administrativo permitiría que los Ministros de Estado se descargasen de más de la mitad de sus ocupaciones, para consagrarse más de lleno a su primordial cometido, o sea, ver el conjunto nacional bajo el aspecto de su ministerio y fijar los principios generales de su régimen. La regionalización permitiría, al mismo tiempo, revivir doce o catorce ciudades españolas, transformándolas en centros de política, administración, cultura y comercio locales, contrapesos de Madrid y Barcelona.

La escasamente poblada Venezuela es, desde luego, muy diferente a este respecto de la superpoblada España, y la analogía invocada exige muchas reservas.

Las futuras rivales de nuestra capital, cuyo esbozo ya se columbra, hallarán ventajoso el seguir el ejemplo de la metrópoli, tanto para evitar los errores cometidos por ella en su desenvolvimiento, como para adoptar los procedi-

mientos e instituciones realmente fructíferos, desde el punto de vista de la conciencia colectiva y del bienestar sin exclusiones.

El fantasma de las "ciudades tentaculares", que por largo tiempo encarnó gravísima preocupación de estadísticas y sociólogos, ha perdido en significación e implícita alarma. No es lo tentacular de las urbes sino lo expulsivo de los campos lo que ha pasado a primer término como inquietud demográfica. Y si la vida rural ahuyenta y repele a sus multitudes es por serios desórdenes e imprevisiones de tipo económico y de naturaleza estrictamente social, conexos con la organización, o la desorganización general de la hora presente. En sana lógica los poderosos núcleos urbanos están llamados a estimular, a vivificar las faenas agrícolas y pecuarias, en virtud del acrecimiento de la demanda de sus productos, de no ser así es porque la normalidad sufre capitales alteraciones.

X X X

Es dable añadir unos cuantos más a los ejemplos de progreso enumerados, mas pienso que es suficiente lo expuesto en las líneas anteriores con la mira de refutar la teoría inmovilista. Nadie la hubiera tomado en serio a no ser por la insistencia con que reaparece, y a la nocividad de sus posibles efectos.

Un pueblo que en medio de su larga lucha por encontrarse realiza tales adelantos, es porque no carece del sagrado germen, del inequívoco fermento. Y hay pleno derecho a confiar en que no sólo consolidará los progresos realizados sino que, a favor de éstos, llevará a cabo nuevos y fructuosos avances. Los capitales morales e intelectuales de un pueblo producen crecidos intereses, existiendo una especie de bendita usura en la inversión de los haberes del espíritu colectivo.

Para presenciar una Venezuela libre de sus viejas taras, habremos de aguardar durante largo periodo. Tengamos presente la rapidez de las mudanzas y alteraciones sociales de la era en que vivimos. El Japón, como se ha recordado miles de veces, transformóse en potencia de primer orden en pocos años, y también ha visto deshacerse su poderío en brevisimo lapso; la India se independizó de la Gran Bretaña en un abrir y cerrar de ojos; Polonia, Rumania, Yugoslavia e Italia pasaron en un santiamén de un régimen político a otro muy diferente; Turquía viró en espacio no menos corto de un gobierno de vergonzosa autocracia, a la decencia y el decoro de las naciones democráticas.

Si en tal forma se conduce la historia contemporánea, los pueblos eufemísticamente apellidados jóvenes no tienen por qué desesperarse, ni aún dentro de los azares de abrumadoras catástrofes cívicas. En estos casos no es de extrañar que cuando más agudas aparecen las crisis es cuando más cerca esté la solución. ¿Y por qué? Por lo que algunos estiman como aventuras de la historia, y otros como imperativos de la evolución incontrastable. ¿Quién lo quiere así? No es sino inmediatamente cuestión de voluntad humana, y mediatamente obra de procesos lógicos.

E. Arroyo Lameda.